

FILOSOFIA DEL RUIDO

Santiago de Anítua, S. J.

Introducción.

Ultima noche del año. Mi aposento es un tambor, que resuena con los ruidos de la calle: cohetes, que estallan; silbadores, que rasgan el aire; transistores, que transmiten notas chillonas de música moderna.

El ruido es una realidad más, desagradable o agradable, pero una realidad. Y toda realidad tiene su verdad y su mensaje. Por eso el ruido es digno también de que filosofemos sobre él. Y, a veces, la filosofía de las cosas triviales nos lleva a honduras transcendentales.

1.—El ruido no es música.

Tal es la diferencia específica del ruido. Los pitagóricos definían la música como un sonido sujeto a ritmo y medida. En esta definición podía comprenderse también la música de la palabra humana, palabra modulada, sonido con cadencia y número. Y a la palabra humana podríamos contraponer el ruido humano: el grito. En este artículo nos vamos a limitar a la filosofía del ruido producido por el hombre, en sus diversas manifestaciones.

El ruido, en cuanto se diferencia específicamente de la música, carece de medida y de razón ordenadora. Es esencialmente desordenado y primitivo: es prelógico o supralógico, pero nunca lógico. No tiene ley. Es expresión de un estado de ánimo, más que de un principio racional o de una idea.

Pero no por eso podemos condenar al ruido en cuanto tal. El ruido desnuda al alma en su punto irracional. Sin embargo esta irracionalidad puede ser una superación de la racionalidad o una carencia de ella. El ruido puede desnudar al alma en su límite extremo con el espíritu, que trasciende la misma racionalidad. Cuando faltan las palabras, porque son incapaces de expresar lo inefable, nace el silencio o el ruido como signo de transcendencia. Jeremías, al recibir la misión de Yavé, quedó balbuciente: A, a, a... Señor Yavé, no sé hablar" (Jer. 1, 6). Este balbuceo era el ruido originado por el contacto con lo transcendente.

El ruido tiene, por eso, a veces la sublimidad del alma primitiva del hombre, que asoma entera en el balbuceo sin expresión, desnuda y original en su espiritualidad, y transcendente toda materialidad, incluso la de la palabra. Los grandes místicos han constatado esa imposibilidad de hablar y de pensar, que les sobreviene, cuando se ponen en contacto con Dios. Así nace esa oración de quietud, en una noche oscura activa del alma, con el silencio profundo de los sentidos, que a lo más balbucean o gritan. La caden-

cia, el ritmo, la medida, los grandes discursos no son los más apropiados para hablar con Dios. Esto es lo que Cristo reprochaba a las largas oraciones de los escribas y fariseos.

Pero no siempre —más bien al contrario, muy pocas veces— el ruido es tan sublime. Porque el ruido puede— y generalmente suele —significar una pobreza absoluta de razón. El ruido se opone tanto al silencio como a la razón. Y así puede ser símbolo de vaciedad espiritual. La locura puede consistir en una demencia o en una amencia; puede ser una fijación obsesiva de la razón hiperestesiada, o una carencia absoluta de razón. De la misma manera el ruido puede expresar una vaciedad total. Será la expresión de un mero instinto animal, de un estado orgánico. Será el rugido de cólera en la fiera, el ay de dolor en el enfermo, la reacción del miedo pánico. Y el ruido en el hombre podrá denotar una regresión del hombre hacia su animalidad: no desnuda propiamente el alma, sino que se desnuda su propia animalidad.

2.—El ruido contemporáneo, como medio de expresión.

Esta ambivalencia del ruido es la que nos impulsa a filosofar un poco sobre el ruido contemporáneo, que se ha convertido en medio de expresión. La música nueva ola —no toda, en ella hay también verdaderos valores musicales estrictamente dichos: ritmo, cadencia y melodía— que quiere rechazar toda melodía y todo acorde, usa del ruido como elemento artístico. Va al sonido puro, sin normas ni reglas, sin más razón de ser, que los impulsos de la inspiración del momento o del estado de ánimo del músico. Y este ruido quiere tener también su mensaje.

Esta música anárquica —la expresión sería contradictoria en la mentalidad pitagórica— es un trasunto y una extensión de las otras expresiones artísticas de vanguardia: el dadaísmo literario y el abstractismo pictórico. Han nacido estas escuelas como expresión de una rebeldía contra toda norma y convencionalismo burgués¹. Quieren llegar a los elementos primarios de la misma expresión artística: al sonido puro, a la palabra pura, al puro color. Los elementos literarios pictóricos o sónicos tienen que valer por sí mismos, no por su ajuste a unas normas o reglas, quizá muy sabias, pero esencialmente distintas de los elementos primeros. Estas normas artificiales serían accidentes, más o menos

(1) Cfr. nuestros artículos: Nueva Poesía Nicaragüense, ECA (agosto y oct. 1955) y CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, Mayo 1958). El Arte dominio del Espíritu, ESTUDIOS, (Buenos Aires, 1961) ECA, 1963.

bellos, pero distintos de los elementos sustanciales, que han de valer por sí mismos. El cuadro ha de valer, no por la escena que retrata—esto sería más o menos fotografía—sino por el color en sí mismo. La obra literaria no ha de valer por el acontecimiento que narra o por la cadencia o sonsonete de la rima, sino por la palabra en sí misma. Y la obra musical no ha de valer por el compás que la rige, sino por el sonido en sí mismo.

De esta manera el ruido quiere ser también un símbolo de inconformidad. Y en el fondo esta inconformidad se refiere a una cultura materializada, que ha querido apresar al espíritu en lazos de convencionalismos. BLANCHET ve aquí el fondo más íntimo de las revoluciones artísticas contemporáneas.

Este afán de desnudar el alma en su espiritualidad más pura, libre de toda atadura de materialismo, vestida sólo de su libertad primitiva, es lo que ha revitalizado el valor del lenguaje incoherente de los estados hipnóticos, el valor de la pincelada sin más razón que el impulso de la inspiración, el valor del grito o del desacorde, sin otra razón que la sinrazón de la emoción presente. Y, en verdad, cuando el artista es un genio, este ruido de colores, de palabras, de gritos pone al desnudo, mejor que cualquier discurso, al alma primitiva humana, sin aditamentos de civilización ni convencionalismos, en su grandeza original de espíritu encadenado.

3.—El ruido expresivo moderno puede ser también signo de vaciedad.

Si nos hemos alargado un tanto en el párrafo anterior ha sido por verdadera honradez científica y filosófica. Pero mucho tememos que el ruido contemporáneo, en su generalidad, no sea tan expresivo y tan redundante de sentido, como lo expusimos más arriba. Creemos sinceramente que, muchas veces, las más de las veces quizá, nos descubre la vaciedad espiritual, la ausencia de esfuerzo y de ideales en gran parte de nuestra juventud. El grito es sublime, cuando corona grandes silencios de meditación y cierra largas horas de pensamiento. Entre el oro y el oropel, entre las alhajas y los abalorios, entre el genio y el idiota, hay algunas veces poca diferencia exterior. Por eso no hemos de juzgar al ruido, considerado en sí mismo y en su doble virtualidad expresiva, sino como producto de la persona que lo produce o de la cultura que lo provoca.

Y es en este punto, en el que nos sentimos un tanto pesimistas. No es el ruido, es el diagnóstico de nuestra época el que nos inquieta. Lo técnico parece haber ahogado al pensamiento, lo instintivo a lo racional, la imaginación al discurso, el sentimiento a lo moral. El progreso técnico y la desilusión de las dos grandes guerras mundiales han marcado nuestra época. Es el instante presente lo único precioso que no

quiere el mundo dejar pasar: el futuro es siempre incierto y nebuloso y, más vale no pensar en él. Por otra parte el progreso técnico ha elevado el nivel de vida, ha proporcionado comodidad y medios de evasión. Y ésta es la que se busca, cuando el trabajo industrial, a compás de competencia y de producción acelerada, absorbe al hombre en sus horas laborales, que tampoco le dejan profundizar demasiado en sus raíces más íntimas.

Por eso la fatiga del pensar se evita cuidadosamente. Buscamos pensamientos ya enlatados en slogans o en revistas, que se preocupan por resumir los libros o artículos demasiado largos e indigestos para estómagos inapetentes. Los diarios resumen las noticias en sus titulares, para ahorrarnos tiempo, y no se preocupan de enjuiciar y filosofar sobre las noticias, porque sería trabajo inútil. Queremos información, más que formación. Hasta nuestros bachilleratos escolares y el sistema de exámenes, se desprecian un tanto de la formación de la inteligencia, permaneciendo en el plano del trabajo técnica de la memoria. ¿No nos hemos quejado muchas veces de la deficiente formación matemática de nuestros bachilleres y de la poca formación investigadora de los que pasan a la universidad?

Nos falta silencio. Y el silencio es la fuente de la palabra. Por eso, al dar el diagnóstico sobre el ruido contemporáneo, mucho tememos que haya tanto ruido, porque no puede haber lugar para la palabra; hay tanto ruido, porque no hay lugar apenas para la música. Quizá no se pretende la mayoría de las veces desnudar un alma, sino huir del trabajo que cuesta encontrar a la propia alma. Quizá hay versos incoherentes, porque no hay paciencia ni formación para poner en orden los propios pensamientos y afectos; hay mucha pintura abstracta, porque el dibujo y la mezcla de colores exige esfuerzo y dominio de sí mismo y de los elementos artísticos; hay música improvisada, porque falta técnica y aprendizaje. Tal vez haya muchos genios como Bach, Beethoven, Rafael o Calderón de la Barca; pero en esta floración exuberante de artistas sin maestro, mucho tememos, que abunden sobre todo los productores de ruido.

Y en este caso el ruido es también un símbolo. Y nos abriría camino a nuevos horizontes de redención. Sembrar ideales y silencios, personalidades recias y auténticas, críticos que sepan discernir el oro del oropel, el trigo de la paja. Y crear una nueva generación, auténtica, sí, y no convencionalista; pero generación de hombres auténticos, que desnuden su alma y no su vaciedad. Darling, La Dolce Vita, West Side History han puesto al desnudo la vaciedad de nuestra época, cuyos responsables somos los materialistas de la época anterior. Pero la filosofía del ruido nos lleva a emprender una campaña de redención.

Y así la filosofía de lo trivial se ha convertido en filosofía de lo transcendente.